



## VI

El casino de Vetusta ocupaba un caserón solitario, de piedra ennegrecida por los ultrajes de la humedad, en una plazuela sucia y triste cerca de San Pedro, la iglesia antiquísima vecina de la catedral.

Los socios jóvenes querían mudarse, pero el cambio de domicilio sería la muerte de la sociedad según el elemento serio y de más arraigo. No se mudó el Casino y siguió remendando como pudo sus goteras y demás achaques de abolengo. Tres generaciones habían bostezado en aquellas salas estrechas y oscuras, y esta solemnidad del aburrimiento heredado no debía trocarse por los azares de un porvenir dudoso en la parte nueva del pueblo, en la Colonia. Además, decían los viejos, si el Casino deja de residir en la Encimada, adiós casino. Era un aristócrata.

Generalmente el salón de baile se enseñaba a los forasteros con orgullo; lo demás se confesaba que valía poco.

Los dependientes de la casa vestían un uniforme parecido al de la policía urbana. El forastero que llamaba á un mozo de servicio podía creer, por la falta de costumbre, que venían á prenderle. Solían tener los camareros muy mala educación, también heredada. El uniforme se les había puesto para que se conociese en algo que eran ellos los criados.

En el vestibulo había dos porteros cerca de una mesa de pino. Era costumbre inveterada que aquellos señores no saludaran á los socios que entraban ó salían. Pero desde que era de la Junta Ronzal, que había visto otros usos en sus cortos viajes, los porteros se inclinaban al pasar un socio sin importancia, y hasta dejaban oír un gruñido, que bien interpretado podía tomarse por un saludo; si era un individuo de la Junta se levantaban de su silla cosa de medio palmo, si era Ronzal se levantaban un palmo entero y si pasaba don Álvaro Mesía, presidente de la sociedad, se ponían de pié y se cuadraban como reclutas.

Después del vestibulo se encontraban tres ó cuatro pasillos convertidos en salas de espera, de descanso, de conversación, de juego de dominó, todo ello junto y como quiera. Más adelante había otra sala más lujosa, con grandes chimeneas que consumían mucha leña, pero no tanta como decían los mozos. Aquella leña suscitaba graves polémicas en las juntas generales de fin de año. En tal estancia se prohibía el estridente dominó, y allí se juntaban los más serios y los más importantes personajes de Vetusta. Allí no se debía alborotar porque al extremo de oriente, detrás de un majestuoso portier de terciopelo carmesí, estaba la sala del tresillo, que se llamaba el gabinete rojo. En éste había de reinar el silencio, y si era posible también en la sala contigua. Antes estaba el tresillo cerca de los billares, pero el ruido de las bolas y los tacos molestaba á los tresillistas que se fueron al gabinete rojo,

donde estaba entonces el de lectura. El gabinete de lectura se fué cerca de los billares. La sala del tresillo jamás recibía la luz del sol: siempre permanecía en tinieblas caliginosas, que hacían palpables las tristes llamas de las bujías semejantes á lamparas de minero en las entrañas de la tierra.

Don Pompeyo Guimarán, un filósofo que odiaba el tresillo, llamaba á los del gabinete rojo los monederos falsos. Se le figuraba que en aquel antro donde se penetraba con silencio misterioso, donde se contenía toda alegría, toda expansión del ánimo, no se podía hacer nada lícito. Los más bulliciosos muchachos al entrar en el gabinete del tresillo se revestían de una seriedad prematura; parecían sacerdotes jóvenes de un culto extraño. Entrar allí era para los vetustenses como dejar la toga pretexta y tomar la viril. Jugando ó viendo jugar estaba siempre algún joven pálido, ensimismado, que afectaba despreciar los vanos placeres hastiado tal vez, y preferir los serios cuidados del solo y el codillo. Examinar con algún detenimiento á los habituales sacerdotes de este culto ceremonioso y circunspecto de la espada y el basto, es conocer á Vetusta intelectual en uno de sus aspectos característicos.

En efecto, aunque el jefe de Fomento aseguraba que todos los vetustenses eran unos chambones, no era esto más que un pretexto para subir al *cuarto del crimen* en busca de más pingües y rápidas ganancias; porque jugar se jugaba en el casino de Vetusta con una perfección que ya era famosa. No faltaban los inexpertos, y aun estos eran necesarios, porque sino ¿quién ganaría á quién? Pero contra la afirmación del jefe de Fomento protestaban los hechos. De Vetusta y sólo de Vetusta, salieron aquellos insignes tresillistas que, una vez en esferas más altas, tendieron el vuelo y llegaron á ocupar puestos eminentes en la administración del Estado, debiéndolo todo á la ciencia de los estuches.

Hay cuatro mesas en sendas esquinas y otros dos pares en medio. De las ocho, la mitad están ocupadas. Al rededor, sentados ó en pié varios mirones, los más esclavos de su vicio. Se habla poco. Las más veces para pedir un cigarro de papel. Se dan pocos consejos.



No se necesitan ó no sirven. Basilio Méndez, empleado del Ayuntamiento, es el mejor *espada* de los presentes. Es pálido y flaco. No se sabe si viste de artesano ó de persona decente, como dicen en Vetusta. El sueldo no le bastaba para sus necesidades; tiene mujer y cinco hijos; se ayuda con el tresillo; se le respeta. Juega como quien trabaja sin gusto; de mal humor; es brusco; apenas contesta si le hablan. Él va á su negocio: una casa de tres pisos que está construyendo á costa del tresillo junto al Espolón. Á su lado está don Matías el procurador: juega al tresillo para huir del *monte*.

Cuando la suerte le es adversa *arriba*, baja y se expone á ganar al tresillo todo lo que puede y á perder muy poco, porque si pierde lo deja. El que descansa en este momento, porque acaba de repartir las cartas, y juegan cuatro, es la gallina de los huevos de oro del Procurador y de don Basilio. Le van matando, pero por consunción. Es un mayorazgo de aldea; le llaman Vinculete. Antes venía de su pueblo durante las ferias á jugar al tresillo; después se hizo diputado provincial para venir á jugar al tresillo también, y por fin se hizo vecino de Vetusta para no separarse nunca de aquellos *espadas* á quien admiraba, de camino que les hacía ricos sin sospecharlo. El tresillo de su pueblo no le divertía. Vinculete jugaba desde las tres de la tarde hasta las dos de la mañana, sin más descanso que el preciso para cenar de mala manera. Don Basilio y el Procurador alternaban en el cuidado de desplumarle; se relevaban; pero á veces le desplumaban á un tiempo. El cuarto jugador era cualquiera. En las otras mesas las partidas eran más iguales. Jugaban muchos forasteros, casi todos empleados.

Es un axioma que en el juego se conoce la buena educación. Había allí muchas personas muy bien educadas, pero como reinaba la mayor confianza solía oírse frases como estas:

- Le digo á Vd. que me lo ha dado Vd.
- Yo le digo á Vd. que no.
- Yo le digo á Vd. que sí.
- Pues miente Vd.
- Valiente crianza tiene Vd.
- Mejor que la de Vd...

Se trataba de un duro falso.

Para que la armonía pudiera subsistir, por una especie de equilibrio que la naturaleza establecía entre los temperamentos, resultaba que unos tresillistas eran temerones y de un genio endiablado, y otros,

v. gr. Vinculete, pacíficos como corderos y miedosos como palomas.

Don Basilio aseguraba que el mayorazguete no jugaba con toda la limpieza necesaria.

Vinculete solía sostener los fueros de su dignidad, y entonces gritaba el del Ayuntamiento:

—¡Conmigo nadie se insolenta!

Y daba un puñetazo en la mesa.

Vinculete callaba y seguía recibiendo codillos.

Estas disputas, nada frecuentes, interrumpían el silencio pocos instantes; la calma renacía pronto y volvía aquella á ser un templo jamás profanado por ríos de sangre.

El gabinete de lectura, que también servía de biblioteca, era estrecho y no muy largo. En medió había una mesa oblonga cubierta de bayeta verde y rodeada de sillones de terciopelo de Utrecht. La biblioteca consistía en un estante de nogal no grande, empotrado en la pared. Allí estaban representando la sabiduría de la sociedad el *Diccionario* y la *Gramática* de la Academia. Estos libros se habían comprado con motivo de las repetidas disputas de algunos socios que no estaban conformes respecto del significado y aun de la ortografía de ciertas palabras. Había además una colección incompleta de la *Revue de deux mondes*, y otras de varias ilustraciones. La *Ilustración francesa* se había dejado en un arranque de patriotismo; por culpa de un grabado en que aparecían no se sabe qué reyes de España matando toros. Con ocasión de esta medida radical y patriótica se pronunciaron en la junta general muchos y muy buenos discursos en que fueron citados oportunamente los héroes de Sagunto, los de Covadonga y por último los del año ocho. En los cajones inferiores del estante había algunos libros de más sólida enseñanza, pero la llave de aquel departamento se había perdido.

Cuando un socio pedía un libro de aquellos, el conserje se acercaba de mal talante al pedigüeño y le hacía repetir la demanda.

—Sí señor, la crónica de Vetusta...

—Pero ¿Vd. sabe que está ahí?

—Sí, señor ahí está...

—El caso es...—y se rascaba una oreja el señor conserje—como no hay costumbre...

—¿Costumbre de qué?

—En fin, buscaré la llave.

El conserje daba media vuelta y marchaba á paso de tortuga.

El socio, que había de ser nuevo necesariamente para andar en tales pretensiones, podía entretenerse mientras tanto mirando el mapa de Rusia y Turquía y el *Padre nuestro* en grabados, que adornaban las paredes de aquel centro de instrucción y recreo. Volvía el conserje con las manos en los bolsillos y una sonrisa maliciosa en los labios.

—Lo que yo decía, señorito... se ha perdido la llave.

Los socios antiguos miraban la biblioteca como si estuviera pintada en la pared.

De los periódicos é ilustraciones se hacía más uso; tanto que aquellos desaparecían casi todas las noches y los grabados de mérito eran cuidadosamente arrancados. Esta cuestión del hurto de periódicos era de las difíciles que tenían que resolver las juntas. ¿Qué se hacía? ¿Se les ponía grillete á los papeles? Los socios arrancaban las hojas ó se llevaban papel y hierro. Se resolvió últimamente dejar los periódicos libres, pero ejercer una gran vigilancia. Era inútil. Don Frutos Redondo, el más rico americano, no podía dormirse sin leer en la cama el *Imparcial* del Casino. Y no había de trasladar su lecho al gabinete de lectura. Se llevaba el periódico. Aquellos cinco céntimos que ahorraba de esta manera, le sabían á gloria. En cuanto al papel de

cartas que desaparecía también, y era más caro, se tomó la resolución de dar un pliego, y gracias, al socio que lo pedía con mucha necesidad. El conserje había adquirido un humor de alcaide de presidio en este trato. Miraba á los socios que leían como á gente de sospechosa probidad; les guardaba escasas consideraciones. No siempre que se le llamaba acudía, y solía negarse á mudar las plumas oxidadas.

Al rededor de la mesa cabían doce personas. Pocas veces había tantos lectores, á no ser á la hora del correo. La mayor parte de los socios amantes del saber no leían más que noticias.

El más digno de consideración, entre los abonados al gabinete de lectura, era un caballero apoplético, que había llevado granos á Inglaterra y se creía en la obligación de leer la prensa extranjera. Llegaba á las nueve de la noche indefectiblemente, tomaba *Le Figaro*, después *The Times*, que colocaba encima, se ponía las gafas de oro y arrullado por cierto silbido tenue de los mecheros del gas, se quedaba dulcemente dormido



sobre el primer periódico del mundo. Era un derecho que nadie le disputaba. Poco después de morir este señor, de apoplejía, sobre *The Times*, se averiguó que no sabía inglés. Otro lector asiduo era un joven opositor á fiscalías y registros que devoraba la *Gaceta* sin

dejar una subasta. Era un Alcubillas en un tomo; sabía de memoria cuánto se ha hecho, deshecho, arreglado y vuelto á destrozarse en nuestra administración pública.

A su lado solía sentarse un caballero que tenía un vicio secreto: escribir cartas á los periódicos de la corte con las noticias más contradictorias. Firmaba «El Corresponsal» y siempre que un papel de Madrid decía «Lo de Vetusta» era cosa de él. Al día siguiente desmentía en otro periódico sus noticias y resultaba que «Lo de Vetusta» no era nada. Así se había hecho un redomado escéptico en materia de prensa. «¡Si sabría él cómo se hacían los periódicos!» Cuando franceses y alemanes vinieron á las manos, *El Corresponsal* dudaba de la guerra; era cosa de los bolsistas acaso; no se convenció de que algo había hasta la rendición de Metz.

El poeta Trifón Cármenes también acudía sin falta á la hora del correo. Pasaba revista á varios periódicos con febril ansiedad y desaparecía en seguida con un desengaño más en el alma. Era que «no se lo habían publicado.» Se trataba de alguna poesía ó cuento fantástico que había mandado á cualquier periódico y que no acababa de salir. Cármenes, que en los certámenes de Vetusta se llevaba todas las rosas naturales, no podía conseguir que sus versos tuvieran cabida en las prensas madrileñas; y eso que empleaba en las cartas con que recomendaba las composiciones, la finura del mundo. La fórmula solía ser esta: «Muy señor mío y de mi más distinguida consideración: adjuntos le remito unos versos para que, si los estima dignos de tan señalado honor, vean la luz pública en las columnas de su acreditado periódico. Escritos sin pretensiones... etc., etc.» Pero, nada; no salían. Pedía, después de un año, que se los devolvieran. Pero «no se devolvían los originales.» Aprovechaba el borrador y publi-

caba aquello en *El Lábaro*, el periódico reaccionario de Vetusta.

Otro lector constante era un vejete semi-idiota que jamás se acostaba sin haber leído todos los *fondos* de la prensa que llegaba al casino. Deleitábase singularmente la prosa amazotada de un periódico que tenía fama de hábil y circunspecto. Los conceptos estaban envueltos en tales eufemismos, pretericiones y circunloquios, y tan se quebraban de sutiles, que el viejo se quedaba siempre á buenas noches.

—¡Qué habilidad!—decía sin entender palabra.

Por lo mismo creía en la habilidad, porque si él la echara de ver ya no la habría.

Una noche despertó á su esposa el lector de fondos diciendo:

—Oye, Paca, ¿sabes que no puedo dormir?... Á ver si tú entiendes esto que he leído hoy en el periódico «No deja de dejar de parecernos reprehensible...» Lo entiendes tú, Paca? Es que les parece reprehensible ó que no? Hasta que lo resuelva no puedo dormir...

Estos y otros lectores asiduos se pasan los periódicos de mano en mano, en silencio, devorando noticias que leen repetidas en ocho ó diez papeles. Así se alimentan aquellos espíritus que antes de las once de la noche se van á dormir satisfechos, convencidos de que el cajero de tal parte se ha escapado con los fondos. Lo han leído en ocho ó diez fuentes distintas. Todos estos caballeros respetables y dignos de estima viven esclavos de tamaña servidumbre, la servidumbre del noticierismo cortesano. Mucho más de la mitad del caudal fugitivo de sus conocimientos consiste en los recortes de la *Correspondencia* que los periódicos pobres se van echando, como pelotas, de tijeras en tijeras.

Muchas veces, cuando reinaba aquel silencio de biblioteca, en que parecía oírse el ruido de la elabora-

ción cerebral de los sesudos lectores, de repente un estrépito de terremoto hacía temblar el piso y los cristales. Los socios antiguos no hacían caso, ni levantaban los ojos; los nuevos, espantados, miraban al techo y á las paredes esperando ver desmoronarse el edificio... No era eso. Era que los señores del billar azotaban el pavimento con las mazas de los tacos. Era proverbial el ingenioso buen humor de los señores socios.

Á las once de la noche no quedaba nadie en el gabinete de lectura. El conserje, medio dormido, doblaba los papeles, daba media vuelta á la llave del gas, y dejaba casi en tinieblas la estancia. Y se volvía á dormir á la conserjería.

Entonces era cuando entraba don Amadeo Bedoya, capitán de artillería, en traje de paisano, embozado en un carrick de ancha esclavina. Miraba bien... no había nadie... la oscuridad le favorecía. Se acercaba al estante con mucha cautela; sacaba una llave, abría el cajón inferior, tomaba un libro, dejaba otro que venía oculto bajo la esclavina, escondía el primero entre sus pliegues y cerraba el cajón. Se acercaba á la mesa, después de respirar fuerte, silbaba la marcha real, y fingía echar un vistazo á los periódicos. ¡Periódicos á él! Por hacer que hacemos estaba allí cinco minutos, y salía triunfante. No era un ladrón, era un bibliófilo. La llave de Bedoya era la que el conserje había perdido. Don Amadeo era el don Saturnino Bermúdez de tropa. Había sido un bravo militar; pero como hubiera tenido el honor años atrás de ser elegido presidente de un *Ateneo de infantería*, y vistose en la necesidad de estudiar y pronunciar un discurso, se encontró con gran sorpresa excelente orador en su opinión y la de los jefes, y de una en otra vino á parar en hombre de letras, hasta el punto de jurarse solemnemente y con la energía que tan bien sienta en los defensores de la

patria, ser un erudito. Empezó á llamar la atención de los vetustenses aquel militar que sabía de letras más que muchos paisanos, y el mismo Bedoya se animaba al trabajo con la gracia de lo que á él se le antojaba contraste de la artillería y la literatura. Poco á poco llegó á ser miembro, ya correspondiente, ya de número de muchas sociedades científicas, artísticas y literarias. Despuntaba en la Arqueología y en la Botánica, sobre todo en la relación de ésta á la Horticultura. Era un especialista en las enfermedades de la patata, y tenía un trabajo sobre el particular que no acababa de premiarle el gobierno. También le daba el naipe para la biografía militar. Sabía de varios tenientes generales que habían sido otros tantos Farnesios y Spinolas, sin que lo sospechara el mundo; y sacaba á relucir la historia de tal brigadier que si, conforme no mandó, hubiera mandado la acción de tal parte, hubiera conquistado la gloria de un Napoleón, en vez de perder las posiciones, como en efecto las había perdido el general inepto.

De esta clase de biografías de personas que pudieron ser importantes, estaban las fuentes en libros como aquellos que había en el cajón inferior del estante del casino. Más ejemplares habría por el mundo, pero no se sabía de ellos, y Bedoya era de esa clase de eruditos que encuentran el mérito en copiar lo que nadie ha querido leer. En cuanto él veía en el papel de su propiedad los párrafos que iba copiando con aquella letra inglesa esbelta y pulcra que Dios le había dado, ya se le antojaba obra suya todo aquello. Pero su fuerte eran las antigüedades. Para él un objeto de arte no tenía mérito aunque fuese del tiempo de Noé, si no era suyo. Así como Bermúdez amaba la antigüedad por sí misma, el polvo por el polvo, Bedoya era más subjetivo como él decía, necesitaba que le perteneciera el objeto amado. «¡ Si él pudiera hablar! Tamañitos se

quedarían Bermúdez y el Magistral y *tutti quanti*.» Pero no podía hablar. Iría á presidio probablemente, si hablara. «En fin, en puridad, tenía... — y miraba á su lado al decirlo — tenía, un precioso manuscrito de Felipe II, un documento político de gran importancia.» Lo había robado en el archivo de Simancas. ¿Cómo? ese era su orgullo. Así es que Bedoya, seguro de aquella superioridad, miraba por encima del hombro á los demás anticuarios y callaba. Callaba por miedo al presidio.

El cuarto del crimen, la sala de los juegos de azar, y más concretamente de la ruleta y el monte estaba en el segundo piso. Se llegaba á ella después de recorrer muchos pasillos oscuros y estrechos. La autoridad no había turbado jamás la calma de aquel refugio repuesto y escondido del arte aleatorio, ni en los tiempos de mayor moralidad pública. Á ruegos de los gacetilleros, singularmente el del *Lábaro*, se perseguía cruelmente la prostitución, pero el juego no se podía perseguir. En cuanto á las «infames que comerciaban con su cuerpo», como decía Cármenes escribiendo de incógnito los fondos del *Lábaro*, ¿cómo no habían de ser maltratadas, si diariamente se publicaban excitaciones de este género en la prensa local?

Casi todos los días salía á luz una gacetilla que se titulaba, por ejemplo: *Esas palomas! ó Fuego en ellas!* y en una ocasión el mismísimo don Saturnino Bermúdez escribió su gacetilla correspondiente que se llamaba á secas: *Meretrices*. y acababa diciendo: «de la impúdica *scortum*.»

Volviendo al juego, si algún gobernador enérgico había amenazado á los socios del Casino con darles un susto, los jugadores influyentes le habían pronosticado una cesantía. Lo ordinario siempre fué que hiciese la vista gorda, y no faltaron á veces subvenciones en la forma más decorosa posible, como decían las partes